

Hernández se tuvo que tragar la terrible decepción de saber que sus investigaciones y fatigas de tantos años, las láminas en las que había plasmado con precisión y belleza cada planta estudiada, toda su obra que superaba a la de cualquiera de los clásicos..., sólo servía para decorar la sala de un palacio, una mera curiosidad de feria para deleite de los visitantes ilustres.

Pese a ello, tuvo fuerzas recordarle la urgencia de que le hiciese una merced que compensase sus muchos trabajos. El rey le prometió que se ocuparía de ello, al tiempo que le ofrecía el dorso de la mano, dando a entender que había llegado el final de la audiencia. Hernández, besó la mano del monarca y, ayudado por su hijo, se retiró en silencio.

Ya fuera de la sala de audiencias, Francisco Valles, médico personal de Felipe II, le hizo saber que todos los asesores reales estaban de acuerdo que la publicación de los dieciséis tomos de su "*Historia Natural de Nueva España*" era excesivamente costosa y en cierta forma inútil. Lo único que interesaba, de momento, era la parte médica. Es decir, el estudio de las plantas que tuviesen una aplicación inmediata para el bienestar de los enfermos y la mejora de las arcas del Estado. Pero esa valiosísima información se encontraba dispersa y enmascarada bajo una ingente documentación botánica, por lo que se le estaba pidiendo una revisión minuciosa de todos sus libros.

A raíz de aquel golpe inesperado, su salud se resintió de tal forma que, postrado en cama, presintió que se acercaba su última hora. Mandó llamar a sus hijos y amigos más allegados. Ante ellos y en presencia de Juan de Herrera, que ofició de albacea, el 8 de mayo de 1578, redactó su testamento: "*En mi juicio entendimiento e cumplida memoria...*". Con la conciencia tranquila de haber servido bien a Dios y al rey, en regla las disposiciones de última hora y recibidos los Santos Sacramentos, esperó tranquilo el momento de su último suspiro: "*...si la voluntad de Dios fuere servida de me llevar desta presente vida*". Es de destacar de este documento la hombría de bien que demuestra cuando se acuerda de dejar algo a sus servidores indios, que tanto le ayudaron en sus expediciones. Tampoco olvida dejar al rey en herencia, todos sus libros: "Item quiero y es mi voluntad que se dé a su majestad del rey don Philipe nuestro señor los XVI cuerpos de

libros de yerbas e animales de las Indias que son los que su majestad tiene en su guardajoyas".

Sin embargo, su última hora aún no había llegado. La primavera de Madrid hizo el milagro. Superó la crisis y fue cogiendo fuerzas. Apenas en pie, siguió moviendo hilos y forzando influencias para lograr lo único que le importaba, ver impresa su obra antes de morir. Su gran mentor, Arias Montano, esta vez no podía ayudarle. Se encontraba en Lisboa con la inútil misión diplomática de convencer al rey Sebastián de su descabellada aventura de invadir el Norte de África.

La absurda muerte del Joven *Sebastian*, el apresamiento por los bereberes de gran parte de la nobleza lusa, la posibilidad de Felipe II de heredar el trono de su sobrino, los gastos imposibles que se avecinaban si se invadía Portugal volvieron a crear en la corte un clima tenso que enterró las pretensiones editoriales de Hernández.

Éste malvivía, asistido por la menor de sus hijas, hasta que recibe el nombramiento por el que tanto había porfiado. La corona le ofrece el cargo de médico de cámara adscrito a la Casa Real del príncipe Felipe. De esta forma consigue el rango social que creía merecer y sus necesidades materiales quedaban cubiertas; pero, además, para su satisfacción, el cargo demostraba una cierta confianza en su valía médica. Pasaba a formar parte del equipo ocupado de vigilar y conservar la salud de un niño. Hecho que en aquellos tiempos y sobre todo, por tratarse del único hijo varón del rey más poderoso de la tierra, era un asunto difícil y delicado. Hay

que recordar que la mortandad infantil era terrible y que el Rey había perdido ya tres hijos. En cualquier caso, tuviera o no mucho que ver Hernández en la salud del heredero, en esto sí que le acompañó la suerte, ya que fue el único hijo varón de Felipe II que le sobrevivió y reinó con el nombre de Felipe III.

Corría ya el año 1579, Hernández, cuando se encontraba con fuerzas, seguía trabajando: pulía los borradores que aún conservaba en su poder y, a regañadientes, ante la insistencia de Juan de Herrera, había comenzado a extraer de su obra la información de interés médico. Bajo el título de "*Materia Medicinal de la Nueva España*", pretendió recopilar, no sólo las plantas medicinales, como le habían pedido, sino los datos relativos a las virtudes medicinales de elementos de los tres reinos: animal, vegetal y mineral de la Nueva España.

